

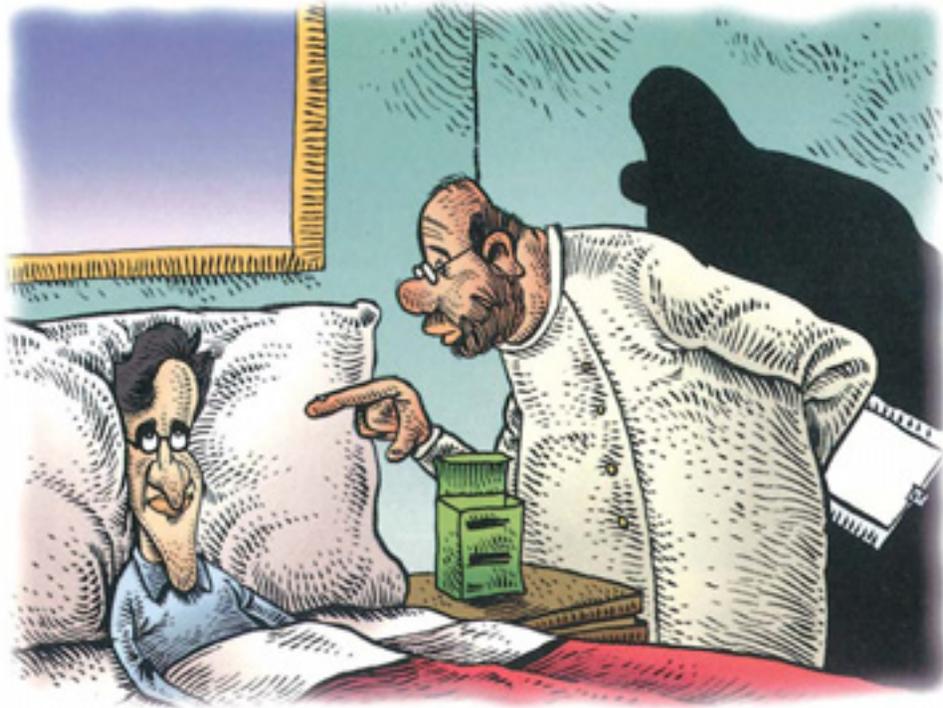


Emilio Prados

Si hay un poeta enamorado profundamente de su tierra ése es Emilio Prados. ¡Cómo quería Emilio a su Málaga!, lugar donde nació el 4 de Marzo de 1899. Su padre era propietario de una importante fábrica de muebles y su familia gozaba de una buena situación económica.

Su madre, Josefa Such (doña Pepa), a

la que Emilio adoraba, le contaba historias reales e imaginarias, que ayudaron a desarrollar la imaginación de su hijo. Vicente Aleixandre lo recuerda como un niño que inventaba juegos y protegía a los niños que otros más fuertes amenazaban. Y conste que Prados no era nada fuerte, pues las enfermedades lo castigaron desde pequeño.



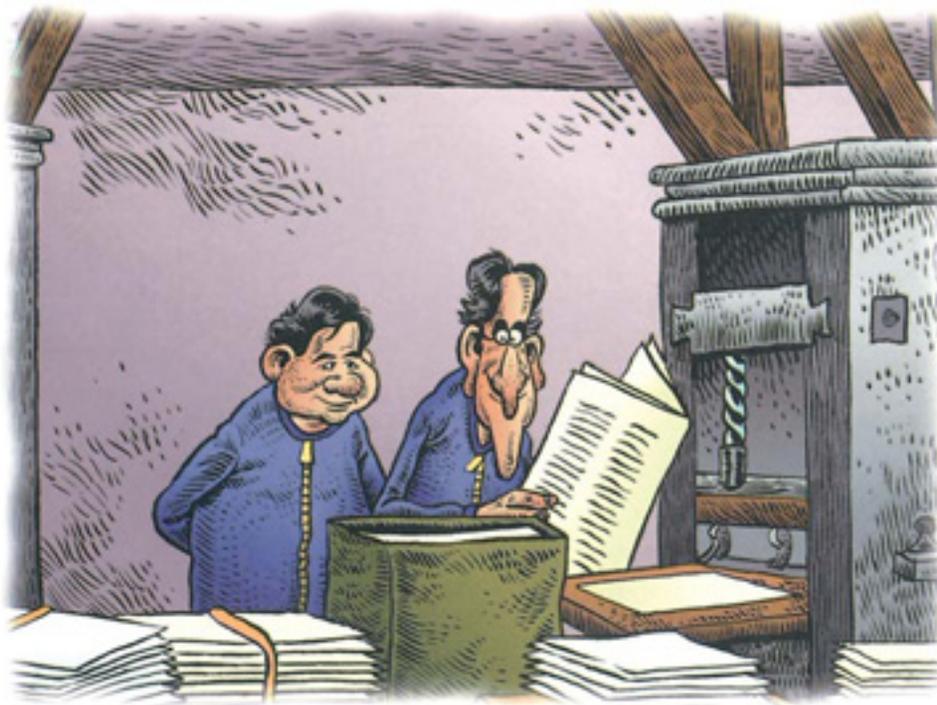
Efectivamente, Emilio, al igual que su hermana Inés, contrajo una grave enfermedad pulmonar: tuberculosis, que le acompañó de por vida. Esta circunstancia le llevó a pasar largos periodos de tiempo en el campo, concretamente en los llamados Montes de Málaga, para respirar aire puro, teniendo que abandonar las clases del Instituto.

Una vez repuesto, sus padres lo enviaron a Madrid, donde terminó el bachillerato y

entró en la universidad. Estando allí conoció en la Residencia de Estudiantes a todos los que más tarde constituirían la Generación del 27.

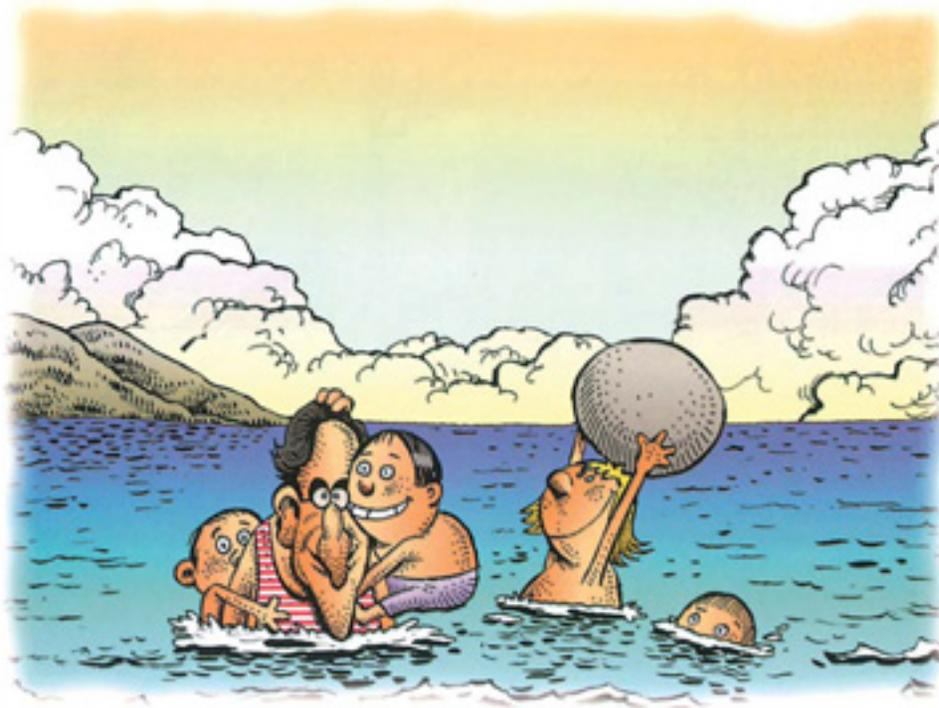
Pero debido a las frecuentes recaídas de su enfermedad, su poesía fue volviendo triste y melancólica, como se refleja en estos versos:

*Puente de mi soledad:
con las aguas de mi muerte
tus ojos se calmarán.*



En 1923 regresa a Málaga sin haber terminado los estudios universitarios y sin ganas de continuarlos, y dice a su padre que desea ser impresor. Deciden comprar una imprenta, que llevaría el nombre de Imprenta Sur. En ella, junto a su íntimo amigo Manuel Altolaguirre, vestidos con monos azules, igual que el resto de los obreros, trabajó Emilio con mucha ilusión.

En esta imprenta vio la luz la revista *Litoral*, tan importante en la Generación del 27. Allí se publicó *Tiempo*, el primer libro de Emilio Prados. En ella recibió las visitas de García Lorca, Aleixandre, Alberti, etc., que le traían los originales de sus libros para que se imprimieran bajo el cuidado amoroso de Prados y Altolaguirre.

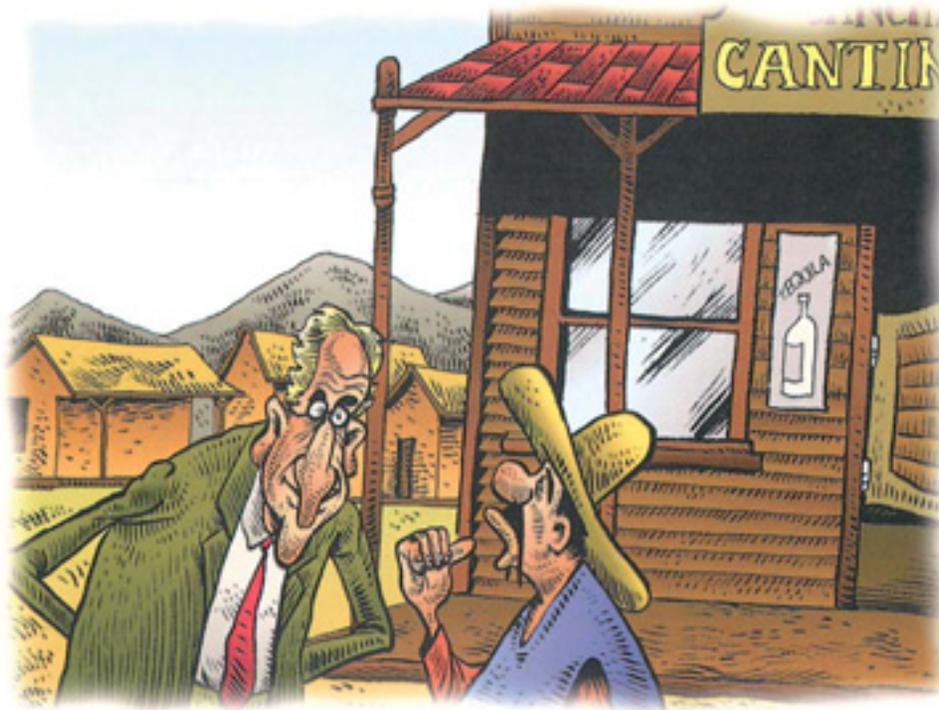


La forma de ser de Emilio le llevaba a pasar días de trabajo frenético, sin descanso, en la imprenta a días en que no aparecía por ella. En estos momentos se perdía, deambulando sin rumbo fijo por las calles y jardines de Málaga y, sobre todo, por las playas de El Palo, hablando con los pescadores e interesándose por sus problemas. Muy pronto, se vio rodeado por los



niños del barrio, que lo querían y respetaban por su simpatía y con quienes se ponía a jugar.

Emilio sufría con los problemas de la gente; sufría especialmente con las necesidades de los más humildes, de aquellos que no ganaban suficiente para sacar a su familia adelante y quería ayudarles como fuera. Su poesía es un claro eco de esta lucha.



No se libró Emilio Prados de la maldición que había caído sobre la mayoría de los poetas del 27 y se vio obligado a huir de España para salvar su vida, debido a las actividades que había desarrollado a favor de la República.

Vivió en Méjico, donde pasó muchos momentos y penalidades económicas. Gracias a los libros que siguió escribiendo, tales como

Jardín cerrado o *Río natural* y al trabajo en imprentas y editoriales que le ofrecían viejos amigos, consigue salir adelante.

La enfermedad que padeció de pequeño le produjo finalmente la muerte en la primavera de 1962. Tuvo tiempo para escribir a sus familiares y amigos para despedirse de ellos, recordando siempre las playas malagueñas que tanto quiso.